

BERMAN

Entre Villa y una mujer desnuda
Muerte súbita
El suplicio del placer



PQ7298 .125573
57

de escndologia/drama

PQ7298
.125573
E57



441591

UNAM

BIBLIOTECA CENTRAL

Gina no tiene que ser especialmente atractiva, pero uno desearía de inmediato tenerla de amiga. Sus ademanes son suaves y en general tiende a conciliar su entorno. Si en las escenas de esta historia pierde el buen juicio con cierta frecuencia —se vuelve brusca o comete locuras—, es porque circunstancias extremas están desequilibrando su natural gentileza.

Adrián tampoco tiene que ser especialmente atractivo, pero cualquier mujer desearía invitarlo a cenar y averiguar si es cierta esa sensualidad que se le entreve por la corteza sobria y áspera. Tiene una elegancia calculadamente descuidada, tan común en los caracteres intelectuales sofisticados, y una labia hipnótica. De pronto el discurso político puede literalmente poseerlo y entonces habla rápido y fervientemente.

Andrea es una mujer directa. Se parece al expresidente Plutarco Elías Calles, en los gestos, la facha y la inteligencia. Si esto parece indicar que no es una mujer atractiva, lo primero es invitar al lector a revisar las fotografías del guapo Plutarco; lo segundo es asegurar que tiene un encanto físico y una divertida tendencia mental a la ironía. Y por supuesto, *Andrea* es la socia ideal para cualquier empresa que requiere energía y decisión.

Ismael es un joven bien fornido. Cuando está cerca de *Gina* tartamudea y suspira y clava la mirada lánguidamente, pero con cualquier otro mortal luce una desenvoltura que a veces se rebasa hasta la insolencia. Suele ir con pantalones vaqueros muy gastados y tenis y lleva en la oreja derecha una arracada de plata.

Villa es el *Villa* mítico de las películas mexicanas de los años cincuenta, sesentas y setentas. Perfectamente viril, con una facilidad portentosa para la violencia o el sentimentalismo.

Entre Villa y una mujer desnuda se estrenó en enero de 1993, en el Teatro Helénico, con el siguiente reparto y equipo de producción:

Gina: Diana Bracho

Adrián: Juan Carlos Colombo

Andrea: Laura Almela

Ismael: Gabriel Porras

Villa: Jesús Ochoa

Doña Micaela: Evelyn Solares

Mujer: Laura Almela

Dirección: Sabina Berman

Escenografía: Carlos Trejo

Vestuario: Mariestela Fernández

Coreografía: Feigüe Berman

Musicalización: Marie Caroline Bernard

Iluminación: Abraham Oceransky

Publicidad: Paulina Campdera

Diseño de imagen: Alberto Labarta

Productores asociados: Marie Caroline Bernard, Jaime Tiktin

Productora: Isabelle Tardan

El estreno fue dedicado a Gloria Alicia Inclán, nuestra primera doña Micaela Arangó, que nos acompañó en los primeros meses de ensayos con su vitalísimo sentido del humor y su sabiduría teatral. Desde el Más Allá seguramente nos estará echando un ojo.

Epoca actual. (1993)

1. *Un departamento en la colonia Condesa de la ciudad de México: Una sala con al menos estos elementos: un ventanal grande, un sofá, una mesita baja, un taburete; puerta principal y accesos a la cocina y al dormitorio.*

Un dormitorio.

2. *Entrada a un edificio de departamentos.*

Para el estreno de Entre Villa y una mujer desnuda se diseñó un espacio que siendo la sala del departamento de Gina podía ser sin ningún cambio físico los otros lugares que plantea la obra.

Las escenas donde aparece Villa pueden sin problema realizarse en la sala, en un juego escénico que permite convivir dos tiempos históricos. Sin mayor explicación Villa y la Mujer de época revolucionaria pueden tomar té en esa sala contemporánea. Igualmente, Villa y su madre pueden pasearse por la sala, usando el espacio como si se tratara de campo abierto; de ahí que sean plausibles las acciones que indican que Gina al fumar un cigarro en su sala echa el humo sobre Villa y Villa comenta que hasta ahí llega el humo del campo de batalla, o que Villa toma de la mesita donde Gina escribe a máquina la botella de tequila y bebe de ella.

En el primer acto la parte posterior de la sala se convertía en un dormitorio cuando allí se deslizaba una cama donde Gina y Adrián, acostados, conversaban; al mismo tiempo en la parte de la sala más próxima al proscenio Villa y la Mujer toman té.

La forma del plano de la sala era, esquemáticamente, una cruz: un área donde estaba el sofá, al frente; en medio un pasillo estrecho, cuyo extremo izquierdo se encontraba la puerta principal, y en cuyo extremo derecho estaban los dos arcos, accesos a la cocina y el dormitorio; atrás otra área de sala, dominada al fondo por un ventanal de medio arco.

Asimismo la parte posterior de la sala, mediante un efecto de luz y sonido que evocaba la lluvia se convertía en la entrada al edificio de Adrián; el ventanal giraba para ser el portón con su interfon.

A la directora le pareció entonces imprescindible la cercanía del acceso a la cocina con el acceso al dormitorio, dadas las entradas y salidas rápidas de los personajes que se plantean en el primer acto.

I
1. Andrea y Gina toman té en la sala.

GINA:

Cada dos o tres semanas.

ANDREA:

¿Dos o tres semanas?

GINA:

O cuatro días.

ANDREA:

Ya.

GINA:

Llama por teléfono antes de venir.

ANDREA:

Ay, qué amable.

Gina enciende un cigarrillo largo y negro.

GINA:

Dice: Estoy a una cuadra de tu departamento, ¿puedo verte? O: estoy en la universidad, necesito verte. O: hablo del teléfono de la esquina, ¿me recibes? Siempre lo recibo.

ANDREA:

Ya.

GINA:

Le abro la puerta. Hay un cierto ritual. Le abro la puerta, se queda en el umbral, me mira. Me mira. . . Luego, se acerca: me besa. (Se toca los labios.)

ANDREA:

Tú a él no.

GINA:

No. Tiene que pasar un momento o dos o tres, antes de que algo. . . algo: el sentimiento, me regrese de la memoria. Entonces subo la mano a su cabello y. . . hasta entonces se me abren.

ANDREA:

Se te abren. . . (?)

GINA:

Los labios. La crema. Se me olvidó la crema. (Sale a la cocina, llevándose su taza.)

ANDREA:

Los labios. ¿Cuáles?

Suena la campanita de la puerta principal.

2. Gina abre la puerta. Es Adrián, en su impermeable beige, gastado por una decena de años de amoroso uso, el hombro contra el quicio. Se miran.

Adrián estrecha a Gina por la cintura y la besa en los labios. mientras la encamina al dormitorio. Pasa un instante, dos, tres, antes de que la diestra de ella suba a la melena cana de él, y ahí se hunda.

Antes de cruzar el quicio del dormitorio él la levanta en sus brazos, entran.

3. Mientras Gina regresa de la cocina con la cremera.

ANDREA:

Directo a... *(Hace un gesto que implica hacer el amor.)* Eso es lo que se llama un hombre directo. Aunque dices que ya dentro de la cama es menos... O más... bueno, ¿cómo dices?

GINA:

No, ya dentro es... ay, Dios... *(Vierte la crema desde quince centímetros de altura, larga, lentamente.)* Ya dentro es...

ANDREA:

¡Mmmm! ¡Mhmm! Así está bien (de crema), gracias.

GINA:

La Gloria, Andrea. Ya dentro es la Gloria.

ANDREA:

¿Entonces cuál es el problema...?

GINA:

Es cuando llega.

ANDREA:

Claro, cuando llega.

GINA:

No, cuando llega aquí al departamento.

ANDREA:

Ah, aquí al departamento.

GINA:

Antes, pues, de hacer el amor... se inicia esta lucha ridícula. El tratando de llevarme inmediatamente a la cama y yo tratando de llevarlo a la sala para tomar un té.

ANDREA:

¿Te quieres casar?

GINA:

¿Casar con él? No, no. *(Se ríe.)* No. *(Seria.)* No.

ANDREA:

¿Porque ya está casado?

GINA:

No. Aunque no lo estuviera. De veras.

ANDREA:

Y si no te quieres casar, ¿para qué quieres convivir con él en la sala?

GINA:

Quiero tomarme un té con él. Carajo, se me olvidó mi té. *(Sale a la cocina, llevándose la charola con el juego del té.)*

ANDREA:

(Luego de probar su taza.) ¿Por qué se llevó todo? Esta mujer está muy nerviosa.

Suena afuera un teléfono.

4. Gina entra hablando por teléfono.

GINA:

¿En dónde estás? ¿En el aeropuerto de aquí? ¿Te vas o llegas?

ANDREA:

(Saltando a la cocina a buscar a Gina.) ¿Gina...?

GINA:

Tenia una cita con un notario. Pero ven. Ven. Pero en tres cuartos de hora llegas aquí. Sí, también yo. También yo... También. *(Cuelga. Se queda de pie, respirando densamente. Suena la campanita de la puerta principal.)*

5. Gina abre la puerta. Es Adrián, el hombre recargado contra el quicio, en impermeable, a un lado ha dejado su maleta. La mira largo, fijamente. Hay algo desamparado en su expresión.

ADRIÁN:

(Quedo, grave.) ¿Puedo...?

GINA:
Sí.

ADRIAN:
¿Segura?

GINA:
Sí.

ADRIAN:

Me muero si un día me dices: no, ya no, ya nada.

GINA:

O si tú ya no llamas; yo me muero.

ADRIAN:

No, yo me muero.

GINA:

Está bien: si no me llamas, muérete.

ADRIAN:

Está bien.

Adrián abraza a Gina por el talle y la besa en los labios; retroceden hacia el dormitorio besándose. Pasa un momento, tres, ella sube la diestra a su melena. A un paso del dormitorio él la levanta en brazos, pero Gina se acuerda de sus propósitos y salta al piso.

GINA:

Espérate. Vamos a tomar un té.

ADRIAN:

¿Un qué?

GINA:

Hace un mes que no te veo, carajo.

ADRIAN:

Por eso.

GINA:

Por eso. (Zafándose y entrando a la cocina.) Bueno, cuenta.

ADRIAN:

(Yendo a colgar su impermeable en el perchero.) ¿Cuento qué? Te dije: estuve en Toronto. ¿No te dije? Te dejé un recado en tu contestadora, hace un mes. Y estuve un mes fuera. Di unas clases. Un curso.

GINA:

¿De?

ADRIAN:

¿De? De historia de la Revolución Mexicana. ¿Y el té?

GINA:

(Que recién ha salido de la cocina.) El agua tarda en hervir.

ADRIAN:

¿Ah, sí?

Gina va a sentarse al sofá.

GINA:

Toronto, que queda en el sur de Canadá. En la frontera con los Estados Unidos.

ADRIAN:

Junto a las cataratas del Niágara.

GINA:

Fijate. Así que hasta ahí se interesan por la Revolución Mexicana.

ADRIAN:

Gina, necesito... sentirte... que me toques...

GINA:

Ven, siéntate. ¿No podemos platicar como si fuéramos seres humanos?

Adrián lo piensa. Va a sentarse al sofá, pero Gina extiende en el sofá las piernas para ocuparlo entero. Resignadamente, Adrián toma asiento en un taburete.

GINA:

¿Y cómo las encontraste, a las cataratas del Niágara?

ADRIAN:

Son unas caídas de agua. . . imponentes, esa es la palabra: importantes. Toneladas de agua por segundo cayendo. . .

GINA:

(*Interrumpiéndolo.*) Las conozco. Estuve allí con Julián, hace diez años.

ADRIAN:

(*Molesto.*) Con Julián. . . ¿Y la pasaron bien?

Silencio: la plática se ha agotado.

ADRIAN:

(*Inclinándose hacia ella, buscándole los labios para besarla.*) Me encantas, me encantas. Sueño contigo.

Suena el silbido de una telerá. Gina se apresura a la cocina.

ADRIAN:

¿A dónde vas?

GINA:

¡El té! ¿No íbamos a tomar té? (*Desde la cocina.*) ¿Trabajaste en lo de Villa?

ADRIAN:

La monografía de Villa. Sí. Va bien. La verdad llevo las notas sobre Villa a todas partes. Estoy en una reunión del consejo del periódico, y discretamente estoy dibujando en mi cuaderno sombreritos nor- teños. Pienso en Villa hasta dormido. Pero la verdad, en este momento quisiera descansar de don Pancho Villa, si no te importa. Es decir: empecé ya a trazar el esquema del libro. Es lo que menos me gusta. Lo que quisiera es ya estar. . . ¿cómo decirlo?, montado en el tema. Concretamente quisiera ya estar cabalgando con el Centauro rumbo a la ciudad de México. Villa seguido de la División del Norte. Un ejército resbalando hasta la ciudad. Un ejército de desharrapados: un pueblo de desharrapados precipitándose sobre la "Ciudad de los palacios". Todos estos cabrones muertos de hambre viniendo a cobrar-se lo que es suyo de los politiqueros tranzas y perfumados y hijos de la chingada.

Bueno, va a estar mejor escrito que como lo cuento. En fin, hablemos de otra cosa.

Aunque no mucho mejor escrito. No escrito con delicadezas, ma- riconerías lingüísticas. Quiero hacer sentir toda la violencia del asunto: quiero que mi libro huela a caballo, a sudores, a pólvora: ¿y el té?

Gina ha regresado a tomar asiento en el sofá.

GINA:

Está infusándose.

ADRIAN:

Infu-sán-dose. Qué fascinante.

GINA:

¿Cómo está Marta?

Pausa incómoda.

ADRIAN:

(*Luego de carraspear.*) No las he visto. Digo: hace cuatro semanas que no las veo. Estuve en Toronto, recién te dije. (*Se suaviza.*) Están bien, perdón, ayer hablé con Marta de larga distancia, la niña estaba dormida pero supongo que está bien. Hoy en la noche las veo. Gina: no sé por qué me hablas de mi hija y su madre. Me. . . incomoda.

GINA:

Porque me habló Marta.

ADRIAN:

¿Te habló a ti?

GINA:

No le diste el dinero de abril para la niña.

ADRIAN:

Ya sé, pero no tiene por qué meterte. . . ¿Cómo está tu hijo?

GINA:

Bien. Iba a venir de vacaciones pero prefiere quedarse estudiando en Boston, para los exámenes.

ADRIAN:

Gina, yo ya no vivo con esa mujer. Son asuntos del pasado, ruinas del pasado. Me crees, ¿no?

GINA:

Yo te creo todo.

ADRIAN:

Pues haces mal. Soy un desobligado. Abandono lo que más amo. No sé por qué.

Lo sabes, es evidente: llevo dos matrimonios fracasados, pero quiero no saberlo. Quieres cambiarme. Pero más fácil sería que me cambiaras por otro hombre.

GINA:

¿Qué opinas de las elecciones en Oaxaca?

ADRIAN:

¿Esto es lo que tú llamas una plástica natural?

GINA:

Esto es lo que llamo una plástica ligera.

ADRIAN:

Violaron las urnas en Oaxaca, hubo balaceras en las calles y cuatro muertos.

GINA:

Entonces cuéntame de tus alumnos.

ADRIAN:

No.

GINA:

O deja que te cuente cómo va la maquiladora.

ADRIAN:

No. No me interesa tu trabajo. Especialmente no, cuando estás montando una maquiladora; es decir, cuando te afilias al vendabal neoliberal que está desgraciando a este país.

GINA:

Estamos dándole trabajo a la gente.

ADRIAN:

No. Están esclavizándolos. Por algo tu socia, ¿cómo se llama?

GINA:

Andrea Elías.

ADRIAN:

Elías Calles: nieta del máximo traidor a la Revolución.

GINA:

Si la conocieras...

ADRIAN:

La asesino. Como voy a asesinar veinte veces a su abuelito en mi libro.

GINA:

(*Conciliadora.*) Adrián, la intención es tener una plástica natural.

ADRIAN:

No.

GINA:

Sí.

ADRIAN:

(*En una descarga rápida.*) No, no, no. No hay nada que sea humano y natural al mismo tiempo. Somos la única raza animal con memoria, por lo tanto con Historia, por lo tanto con acumulación de costumbres. Llevamos algo así como 8 000 años acumulando costumbres. Ergo: natural como natural es una imposibilidad; natural como pautas automatizadas es no sólo posible, es por desgracia un poco menos que inescapable.

GINA:

Eres imposible.

ADRIAN:

Y te deseo.

Rápido, trastapado:

GINA:

Y yo también te deseo.

ADRIAN:

¿Entonces...?

GINA:

Podemos seguirnos descando, deseando serenamente...

ADRIAN:

Cuatro horas de avión y una de taxi deseándote...

GINA:

Serenamente. Antes de...

ADRIAN:

¿De qué?

GINA:

De matar el deseco como un animal.

ADRIAN:

Estás educándome.

GINA:

Sí.

ADRIAN:

Ah.

GINA:

Es que ya estamos haciendo el amor.

ADRIAN:

¿En serio?

GINA:

Hablando, mirándonos, deseándonos de lejos, ya estamos haciendo el amor.

ADRIAN:

Es que el amor de lejos...

GINA:

¿Listo para tomar el té?

ADRIAN:

Gina... Es que el amor de lejos, hoy empecé a hacerlo contigo a las nueve de la mañana, cuando me desperté pensando en ti aquí (*la cabeza*) y aquí (*el corazón*) y aquí (*el sexo*). Llego al aeropuerto, y antes de abordar, en el umbral electrónico me piden que deposite mi maleta de ropa, mis llaves, mi cinturón de hebilla grande, me quito todo eso y siento que ya estoy desvestiéndome en tu cuarto...

Y en el avión me parece que todo el avión, estoy sentado en la última fila, y siento que el avión entero, el Jumbo entero, es mi enorme deseo... Y que el cielo en el que estoy penetrando y penetrando y penetrando eres tú y tú y tú... cinco horas sin escalas... Y las nubes arriba son tus ojos en blanco y abajo tus piernas abiertas son la Sierra Madre Oriental... (*Retrocediendo hacia el dormitorio.*) Así que si no me permites tocarle ahora, te advierto: puedo enfeimarme, o enloquecer para siempre.

GINA:

Dios santo, qué labia tienes. (*Se entamina al dormitorio, desvestiéndose...*)

ADRIAN:

(*Saltando tras ella.*) No, no, no. Labia, labia la tuya, mi vida.

Salen al dormitorio.

6. *Entra en la estancia, con aire desconfiado, don Pancho Villa. Lleva al hombro sus cananas, su revólver. Entra una Mujer, vestida a la usanza de principios del siglo XX, con una charola en la que trae el servicio del té.*

MUJER:

Siéntese, mi general. Esta es su casa.

VILLA:

(*Mirando su entorno.*) Ah chinga'os.

La Mujer se arrodilla para dejar en la mesita baja la charola.

MUJER:

Le sirvo té. Es té de tila. ¿O prefiere un café?

VILLA:

(*Yendo a sentarse frente a ella.*) ¿Por qué no? Prefiero un café.

MUJER:

Es bueno el té de tila para los nervios, mi general. Los apacigua. Luego uno piensa cosas muy buenas.

Va deslizándose en otro sector una cama. Gina y Adrián están sentados contra el espaldar.

VILLA:

Pos eso mismo me da prevención. No me vayan a quedar los nervios lacios, lacios, lacios... y entonces ni con humo me saca de aquí de su casa.

MUJER:

Ay mi general, pues quién quiere que se vaya.

VILLA:

Es usted muy bonita.

ADRIAN:

Era una mujer muy bonita.

VILLA:

Muy educadita. Muy refinada. Hija de familia, como se dice. Por usted, hasta ganas dan de adormilarse.

GINA:

Entonces, el general se bebió el té de tila de un solo trago.

ADRIAN:

No, no podía. Hizo así como si se lo sorbiera. Nunca comía ni bebía nada que su sargento no hubiera probado y resistido antes. A Villa lo habían tratado de envenenar muchas veces. Nada más como si lo sorbiera hacía, estaba ganando tiempo.

GINA:

(*Quedito.*) Pásame las gomitas.

Adrián toma una gomita y le pasa la bolsa a Gina.

ADRIAN:

(*Con la gomita en la boca.*) Si, nada más le ganaba tiempo al tiempo...

GINA:

¿Tiempo para qué?

ADRIAN:

Tiempo para ver a la mujer, para gozarla despacito, y para decirle adiós. Por que esa mujer no iba a ser suya. Al menos no como las otras tantas mujeres que tuvo el general.

GINA:

Trescientas tuvo.

ADRIAN:

Las cifras se pierden en lo místico.

VILLA:

Es usted, de veras, requete bonita.

ADRIAN:

Era muy pero muy bonita.

VILLA:

Es usted requete preciosa, qué recondenada suerte.

MUJER:

Tómese el té, mi general.

GINA:

Y luego se duerme entre mis brazos.

MUJER:

Y luego se duerme entre mis brazos.

VILLA:

El general Villa sólo duerme en brazos de la sierra y la noche abierta. Así que no es por desairarla. Hijos de la Tiznada: es usted requete primorosa... pero contrarrevolucionaria.

Su papacito es general callista. Epigmeo Saldivar Saldaña se llama el muy méndigo, ¿que no?

GINA:

Y bueno, qué importa. Ella es ella.

VILLA:

Cómo se ve que siempre ha dormido usted en almohada blanda. Ni yo merito le impongo miedo. Ya me ve amaneciendo arrepechadito a usted, ¿no es verdad?

MUJER:

Le sirvo más té, mi general. De tita.

La Mujer extiende el brazo para tomarle la taza.

Vill: la observa. Con la mano con la que no sostiene la taza, desenfundando la pistola. Mala a la mujer.

Gina se queda boquiabierta.

Villa sopla el humo del cañón de su pistola.

Adrián se alza de la cama al tiempo que Villa se alza del sofá.

Mientras Adrián discute con Gina, se vestirá; en tanto, con movimientos extrañamente sincronizados a los de Adrián, Villa irá a quitarle los aretes a la Mujer, a cerrarle los ojos, y luego se pondrá sus canchales, preparándose para irse.

GINA:

¿Qué pasó? ¿Por qué la mató?

ADRIAN:

Porque tengo que irme.

GINA:

¿Por qué?

ADRIAN:

Porque tengo que irme.

GINA:

Quédate a dormir.

ADRIAN:

Tengo que irme.

GINA:

Cenamos y te vas.

ADRIAN:

...

GINA:

Trabajas acá.

ADRIAN:

No traigo con qué.

GINA:

Pues trae con qué, la próxima vez. No te estoy pidiendo que te quedes a dormir, sólo que te quedes más tiempo. Adrián, quédate a cenar.

ADRIAN:

No puedo, no puedo. No puedo.

GINA:

Mándame lo que vayas escribiendo, para pasártelo en limpio.

ADRIAN:

No puedo.

Villa se cala el sombrero al tiempo que Adrián se cuelga al hombro su saco.

GINA:

Siempre yéndose, chingados.

VILLA:

Huyendo o atacando. Es el destino del macho, compañerita.

Villa y Adrián se sobresaltan cuando oyen la campanita de la entrada. Ambos, recelosos, se escurren de donde están: Villa fuera de escena, Adrián a la sala.

7. *Gina se pone una bata japonesa, va a abrir. Es Ismael, en un saco de marino y pantalones de mezclilla.*

GINA:

Ismael, ¿cómo estás? Pasa, pasa. Este es Ismael, Adrián. El amigo de mi hijo.

ADRIAN:

Mucho gusto.

GINA:

Trabaja conmigo en la tienda. Me diseña cubos.

ADRIAN:

Cubos, los diseña, qué interesante.

GINA:

Esos juegos de madera para los niños chiquitos, ya sabes.

ADRIAN:

Claro.

GINA:

Y nos está diseñando los cubos de la maquiladora.

ADRIAN:

No me digas. Así que usted diseña cubos. Lo felicito. Lo felicito.

GINA:

Y éste es Adrián Pineda, mi... este, eh...

Ismael tose.

ISMAEL:

Mucho gusto.

GINA:

Buen amigo Adrián Pineda.

ISMAEL:

Ah, tú escribes en *La Jornada*, ¿no? O en el *Esto*. ¿O en dónde?

ADRIAN:

En *La Jornada*.

GINA:

Enseñanos los nuevos cubos, Ismael. Vas a ver qué bellas cosas hace este muchacho.

ADRIAN:

Yo te hablo, ¿está bien?

GINA:

Espérate un momento.

ADRIAN:

No.

GINA:

Un momento.

Adrián cruza, al frente, una mano sobre la obra, se espera estridentemente un momento.

ADRIAN:

Yo te hablo. (*La besa en los labios, sale.*)

Brusca, Gina cierra la puerta. Entonces se topa con la maleta de Adrián. Abre la puerta en el momento en que él toca el timbre, precisamente para pedirle la maleta, pero descortés, ella la empuja a fuera con el pie y cierra la puerta. Se va entristeciendo. De una patada prende la grabadora. (Así se prende la grabadora de Gina.) Suena un bolero romántico.

Gina se deja caer en el sofá. Así, en su bata de seda, el pelo revuelto, se está lánguida y ausente en el sofá. Ismael la observa desde hace unos minutos, absorto.

Pasa un rato hasta que Gina lanza un suspiro muy grande, Ismael tose. Gina se vuelve a verlo, sorprendida. Lo habita olvidado.

GINA:

(*Lánguida, melancólica, melodramática.*) Ismael.

ISMAEL:

¿Sí, sí?

GINA:

Ismael, acércate...

ISMAEL:

Sí.

GINA:

...y enseñame tus cubitos.

Ismael se arrodilla junto a la mesita baja; empieza a sacar sus cubitos.

OSCURO LENTO

II

I. Aún está oscuro. Gina en su bata japonesa, sentada para escribir en máquina, consultando una libreta de Adrián.

GINA:

(Teclando.) Noche... (Se enciende en el ciclorama la noche.) ...de luna... (Baja en el ciclorama una luna redonda.)... llena.

Entra al escenario Doña Micaela Arango, una anciana con reboso, un cofrecito de joyas entre las manos, se congela. Mientras Gina se sirve un tequila, entra Villa, se congela.

Gina tecldea: Villa y Doña Micaela se avivan. Durante la escena Villa ha de saltar varias veces sobre el sofá, como si se tratara de vallas que salta.

DOÑA MICAELA:

(Tirando lo que menta por encima de su hombro.) Aretes de canica de agua.

VILLA:

(Cachando las joyas.) De ópalo.

DOÑA MICAELA:

Anillo de...

VILLA:

Ojo de tigre, amá. Aquellos pendienteitos son rubies...

DOÑA MICAELA:

No me quiere asté, mi niño. En dieciocho años lo he visto cinco veces.

VILLA:

Siete, mamacita.

DOÑA MICAELA:

Cinco.

VILLA:

Siete.

DOÑA MICAELA:

Cinco, con una chingada.

VILLA:

Está bueno, mamacita: siete, digo: cinco.

Gina enciende un cigarro: *Villa se alarma.*

VILLA:

¿Qué carajos...?

Gina exhala un chorrillo de humo sobre Villa.

VILLA:

Ah: hasta aquí llega el humo del campo de batalla. (Resfriándose al tecleo de la máquina de escribir.) Sí, como ese traquetco: la maldita metralla... ¿Y qué, le placen, madrecita?

DOÑA MICAELA:

¿Qué quiere que haga con esta riqueza? ¿Colgármela pa' pasear por la plaza, pa' que todo mundo sepa y conozca que m'hijo es un bandolero?

VILLA:

Un revolucionario, mamá.

DOÑA MICAELA:

Usted sólo viene a verme cuando le queda cerca de una guerra, o otra de sus criminalidades.

VILLA:

Ya me va a empezar a regañar...

DOÑA MICAELA:

Aquí tenga esta arete de plata. Tiene una gota de sangre. Y aquí tome de una vez todo su oro, Panchito. Esta mamacita de usted es probe pero digna.

VILLA:

Ayayayay, qué hombre es mi amá.

DOÑA MICAELA:

No, nomás hembra que ha parido.

VILLA:

Cállense cerros, que mi madre habló.

DOÑA MICAELA:

Pero es que la vida que llevas, siempre a salto de mata. ¿Quién le zurce los calcetines? ¿Quién se fija que su sarape esté limpio? Y si te duele una muela, ¿a quién le cuentas?

VILLA:

Pos 'ai tengo unas cuantas señoras que me quieren. . .

DOÑA MICAELA:

Pero ni una casada contigo por la Iglesia y ante Dios.

VILLA:

Cómo no. Cinco casadas conmigo por la Iglesia y ante Dios.

DOÑA MICAELA:

¡Jesús santo! (Se persigna.) ¡Nombres!

VILLA:

¿Cómo dijo, madrequita?

DOÑA MICAELA:

Quero nombres, direcciones y apelativos de esas fulanas y de todas tus queridas. Las de ahora y las dendenantes.

VILLA:

¿Qué dice, madrequita?

GINA:

Ay, perdón. Perdón, perdón, perdón.

Gina regresa el rodillo y tacha: Doña Micaela vuelve a sentarse y a su resignación, como si se regresara el tiempo. Gina vuelve a escribir.

DOÑA MICAELA:

¡Jesús santo! (Se persigna.) ¡Qué Panchol! Entonces como si ni una. Porque si son cinco, no hay quien le lleve de cerca el registro, m'hijo. No hay quien lo cuide noche tras noche. No tiene con quien saber que va a morir en sus brazos. . .

VILLA:

No lllore, amá, que entonces sí me quiebra. . .

Y se quiebra Villa: llora. Toma de la mesita de Gina la botella de tequila, bebe. Gina le toma la botella a Villa, y también bebe, igualmente llorando. Sin darse a notar, Ismael aparece de espaldas en el quicio de la cocina, está arreglando unas rosas rojas en un florero.

DOÑA MICAELA:

(Luego de enjugarse las lágrimas.) ¿Y cuántos son ya mis nietos?

VILLA:

Muchos.

DOÑA MICAELA:

¿Cuántos?

VILLA:

Pos así, certeramente. . .? Cien. . . Ciento. . . Pos siento mucho no poder sacar las cuentas. Le digo: andamos haciendo Patria. (Se arrodiilla junto a ella.) No se enoje conmigo, madrequita. Usted sabe que si ando por estos caminos de polvo y sangre es porque este pinche mundo no está bien hecho.

DOÑA MICAELA:

¿Y hasta cuando vas a seguir así, guerrearando?

VILLA:

Hasta que dejemos colgados de los campanarios de la Catedral a todos los contrarrevolucionarios. Sobre todo al generalito ése, Elias Calles: a ése, de los huevos. Y luego. . .

DOÑA MICAELA:

¿Luego?

VILLA:

Pos. . . hasta que dejemos bien hehechico al mundo.

DOÑA MICAELA:

(*Llorando.*) Uuuujule, Pancho... 'Ta verte. No ande saltando.

VILLA:

Es que a mí no me gusta andarme con rodeos.

DOÑA MICAELA:

Que no saltes.

VILLA:

Deme su bendición, madre, que ya debo largarme.

DOÑA MICAELA:

No le doy nada. Primero vas con el cura y te confiesas y a luego.

VILLA:

Se lo ruego, manacita. De niño apenas y me dio de comer. Namás le pido una bendición...

Doña Micaela acerca a la cabeza de su hijo la diestra, para bendecirlo. Gina saca la hoja de la máquina para colocar otra. Doña Micaela y Villa se congelan. Sin darse a notar, Andrea se sienta junto al ventanal. Cuando Gina vuelve a teclear, doña Micaela y Villa se avivan.

DOÑA MICAELA:

No le doy nada, punto.

VILLA:

Mire manacita, doña Micaela, para confesarme necesitaría al menos ocho días y usted bien oye que 'ai fuera está la guerra esperándome. Además, necesitaría usted conseguirme un cura con el corazón muy grande, más grande que el mío, para que yo le dijera todo lo que el Señor me ha dado licencia de hacer.

GINA:

Ya sin escribir, leyendo de una hoja, y en escena sucediendo.)
La anciana deslizo su mano temblorosa sobre la cabeza de su hijo... pero la retiró, como si hubiera tocado lumbre.

DOÑA MICAELA:

(*Retrocediendo hasta salir de escena.*) No m'hijo. A un asesino no puedo darle la bendición.

VILLA:

No le aunque, ya es costumbre. ¡Vámonos!

Villa sale. A lo lejos lo vemos disparar al aire tres veces.

Gina bebe de un sorbo su tequila.

2.

ANDREA:

Qué barbaridad, pero qué barbaridad. Mira que ese plan suyo de colgar a mi abuelito de sus partes nobles en pleno Zócalo, me ha dejado *perplexed, darling, perplexed*. Pero bueno, es típico; de un historiador es típico: vivir en el pasado.

GINA:

Lo estás tomando muy personalmente.

Ismael deja el florero con rosas en la sala. Luego va al fondo. Un relámpago.

ANDREA:

Va caer una tormenta. No, ¿por qué habría de tomarlo personalmente? Si pudiera, haría con él lo que don Plutarco hacía con los intelectuales más críticos, más enjundiosos e influyentes. Lo enviaba de embajador a Checoslovaquia. Ya párale, ¿no? Llevas tres cuartos de botella.

GINA:

Pero cuando empecé ya estaba empezada. Bueno, no coincidés con el políticamente, puedo aceptar eso. Pero como escritor...

ANDREA:

Ah no, no, como escritor me parece notable su... su...

GINA:

Estilo.

ANDREA:

No, no, su... su ortografía. Impresionante cómo pone los puntos y las comas. Con mucha, mucha virilidad, ¿no?

Hay otro resplandor, suave.

GINA:

¿Y esas rosas?

ANDREA:

Te las traje. . . (Señala a Ismael, que se encuentra de espaldas, junto al ventanai.)

ISMAEL:

(Volviéndose.) Es que no, es obvio: o vives con ese tipo o lo cortas.

GINA:

¿De qué hablas? Yo vivo sola muy feliz y muy tranquila.

ISMAEL:

Hablo de tus insomnios, de los días en que no llegas al negocio, de cómo lo único que haces últimamente es copiar las cosas de ese tipo; hablo de que bebas como si te quisieras ir a la (Hay otro relámpago.)

ISMAEL:

No entiendo. Si dos personas —este— se aman, pues. . .

ANDREA:

Es un pacto entre adultos, Ismael. Se ven, se disfrutan, hace cada quien su vida: y se acabó. Dejemos en paz la vida íntima de Gina y vamos a revisar las notas de la maquiladora.

ISMAEL:

Gina, tienes que enfrentarlo. Decirle: o todo o nada.

ANDREA:

Que ya no hables de él; entre tú y yo le estamos destrozando el corazón a esta mujer.

GINA:

No, no, sigan; aunque sea mal, sigan hablándome de él.

ISMAEL:

Mira, si yo fuera él, y tú llegas a verme a mi casa y —no sé— me dicecs/

GINA Y ANDREA:

Imposible.

ANDREA:

Gina no puede ir a su departamento.

ISMAEL:

¿Por qué?

GINA:

Es parte de nuestro pacto. Yo no soy de ese tipo de mujeres que andan detrás de los tipos. Que los persiguen y los invaden y. . . Y no soy ese tipo de mujeres. A ver, ¿qué harías si estás en tu casa trabajando: cubitos, yo llego a media noche, te interrumpo y así de pronto te pido matrimonio?

ANDREA:

(Admonitoria.) ¿Matrimonio?

GINA:

Si llego con ese ramo de rosas rojas. . . y te digo: Ismael, hazme un hijo.

ISMAEL:

¿Esas. . . ? Yo. . . te. . . eh. . .

ANDREA:

Gina, ya tienes un hijo, y te cuesta una fortuna su colegiatura de Harvard.

ISMAEL:

A mí me encantaría hacerte un hijo. Me encantaría lo que me propusieras. Cómo voy a negarte algo, a ponerte límites, a establecer prohibiciones, digo: si te amo. El amor quiere todo. . . quiere ser para siempre, si no, no es amor. Si no quiere ser eterno, es un amor indigno. Además. . .

GINA:

(A Andrea.) Oye, este muchacho es muy. . . rescatable.

ANDREA:

Sí, totalmente. Qué sorpresa, Ismael. Qué conceptazos. A ver Ismael, exprésate: expláyate.

GINA:

Orale: expláyate. Con confianza.

ANDREA:

Andale, lo que tenga que salir, que salga.

ISMAEL:

Es que... en el fondo eso queremos los hombres: que alguien nos tumbé todas —todas— nuestras idiotas defensas; que alguien nos invada, nos haga suyos; nos libere de nosotros mismos. Bueno, esa es mi experiencia.

ANDREA:

Sí pero tú no tienes experiencia, Ismael. (*Gina se pone en pie, va al perchero de la entrada a quitarse la bata y ponerse un impermeable y zapatos de tacón.*)

ANDREA:

Gina, ¿qué pasa?

GINA:

Voy a tumbarle todas sus idiotas defensas.

ANDREA:

¿Ahorita? Espérate.

GINA:

A su departamento.

ANDREA:

Nos citamos hoy para revisar las cuentas. Por lo menos háblale antes. Avisale que vas.

ISMAEL:

No, se trata de agarrarlo fuera de guardia.

ANDREA:

Tú cállate. Gina, supón que se molesta porque llegas sin avisar. Supón que se enoja. Supón que está con... Que se enoja.

Gina se paraliza.

ISMAEL:

¿Que se enoja? ¿De qué? Si se enoja, entonces le tiras en la cara las rosas y le dices adiós para siempre. Y te vas. Como toda una señora.

GINA:

Eso es: eso me gustó. Le digo adiós para siempre y me voy... (*Haciendo un gesto teatral.*) como toda una princesa, y luego... me suicido.

ANDREA:

Muy bien, pero hazlo mañana.

Gina toma las rosas del florero. Mira desde lejos la puerta de salida.

ANDREA:

Hazlo mañana. Siquiera vistete.

GINA:

¿Para qué?, si al rato me desvisten.

Gina echa a caminar hacia la puerta con aire entre majestuoso e inseguro. Trastabilla un paso hacia atrás, y recomienza hacia el frente.

GINA:

Voy en taxi.

Un resplandor ilumina su salida.

OSCURO

ANDREA:

Se fue la luz.

ISMAEL:

Por aquí había velas...

3. *La entrada de un edificio. Llueve.*

Gina pulsa un timbre.

VOZ EN EL INTERFON:

¿Quién?

GINA:

Yo. (Silencio.) ¿Me oyes, Adrián? Soy yo. ¿Adrián...? ¿No me oyes? No suena esta... (Empuja la puerta, inútilmente.) ¿Adrián? No suena el timbrecito para abrir, Adrián.
La puerta se abre. Adrián sale y cierra tras de sí.

GINA:

(Coloca su voz en un tono apasionado.) Adrián: hazme un hijo.
Adrián abre un paraguas.
Gina trata de comprender ese hecho.

GINA:

¿No me vas a invitar a subir?
Silencio en que se oye llover.

ADRIAN:

No puedo. Hay... Hay, arriba, otra, ay Dios. Otra mujer.

GINA:

Marta.

ADRIAN:

¿Qué?

GINA:

Marta, tu esposa.

ADRIAN:

No, no. ¿Cómo crees?

GINA:

Entonces, la otra, la primera, ¿cómo se llama?

ADRIAN:

¿Quién?

GINA:

Tu primera mujer.

ADRIAN:

No. No. No.

GINA:

¿Quién entonces?

ADRIAN:

No importa. Te juro: no importa.

GINA:

Dime.

ADRIAN:

No tiene nombre, no existe.

GINA:

...en la cara y le dices adiós...

ADRIAN:

¿Qué?

GINA:

... para siempre. ¿Me oyes?: se acabó para siempre.

Intenta golpearlo con las rosas, pero él esquivaba el golpe y ella, desequilibrada, cae al piso.

GINA:

(Incorporándose.) Puta: el tacón.

Adrián se agacha para recoger el tacón que se salió del zapato.

GINA:

A ver, tate quieto cabrón.

ADRIAN:

Tu cara, Gina... Tiénes la cara herida.

Gina se palpa la cara: tiene cinco trazos de sangre.

ADRIAN:

No, sólo son tus deditos espinados...

GINA:

Es sólo sangre, Adrián. A ver, quédate quieto ahí cabrón.

Adrián obedece, se queda quieto bajo su paraguas, mientras Gina se pasea frente a él calculando el golpe. Le tira las rosas en la cara y gira en redondo y se va caminando —cojeando— bajo la lluvia...

Un resplandor la ilumina.

4. *El departamento. A la luz de unas velas, Andrea e Ismael. Ismael mira su reloj. Andrea mira su reloj.*

ANDREA:

Pues... se quedó a dormir con él. Vámonos.

ISMAEL:

Hubiera llamado para avisarnos.

ANDREA:

La pasión la obnubiló.

ISMAEL:

De todos modos hubiera llamado. ¿Cuánto le toma hablar por teléfono? Un minuto.

Andrea lo observa con una sorna enternecida.

ISMAEL:

Tal vez hay que ir a las cruces...

ANDREA:

Ya veremos mañana. En ese closet hay cobertores.

ISMAEL:

Sí.

ANDREA:

Me llevo la vela.

ISMAEL:

De todos modos voy a llamar a las cruces.

ANDREA:

Te mando un besito. (Sale.)

Ismael va a la cocina. I.O. escuchamos hablar por teléfono.

ISMAEL:

Disculpe señorita, el teléfono de la Cruz Roja. 3 95 11 11. gracias. Estoy localizando a una persona. Sí, gracias. Gina Benítez. Desde hace tres días, digo: tres horas.

5. *En la oscuridad se abre la puerta. Entra Gina, sin cerrar la puerta. Choca contra un mueble tumbando un plato ruidoso: vuelve la luz: Ismael sale de la cocina con el teléfono inalámbrico.*

GINA:

Puta.

Gina está con el maquillaje corrido, empapada, revuelto el cabello.

GINA:

¿Qué me ves?

ISMAEL:

¿Qué te pasó?

GINA:

Nada. Me pasó la vida. Me fui a caminar por la lluvia. ¿Es malo, según tu experiencia? No me suicidé, estoy aquí, ahora puedes irte. Es más: ya vete, ¿no?

ISMAEL:

¿Por qué no te bañas con agua caliente y te duermes?

Gina le arrebató el teléfono, se dejó caer en el sofá. Marca en el teléfono.

GINA:

Julían, Juliancito. Mami. ¿Así que te parece terrible que ahí sean las tres de la mañana? Pues aquí está mucho más cabrón porque son las cuatro. ¿Con quién estás? Oigo una voz. ¿Qué Margaret? ¿Margaret qué? ¿Deláwer? no, Deláwer. Te digo que Deláwer, me sueña conocido, Deláwer, Deláwer. Bueno, ya. ¿Y qué hacen? Ah: trigonometría. Así que van a pasarse el resto de la noche haciendo trigonometría, tú y Margaret Deláwer. ¿Por qué me mientes, Julían? ¿Por qué todos los hombres mienten? Tu padre nunca me mintió.

Gina mira el receptor: Julían le ha colgado. Ella cuelga.

Gina permanece muy quieta.

GINA:

Nunca me mintió. Creo. (A Ismael, que se acerca a ofrecerle una copa de coniac.) Ya te habías ido, ¿no?

Gina se alza y prende de una patada la grabadora.

ISMAEL:

Hay que arreglar ese aparato.

GINA:

No, así es.

Suena el bolero "Desdichadamente". Gina, compenetrada con la dolorosa letra del bolero, padece su mal de amores. Hasta que vuelve a notar a Ismael, que no hace sino observarla. Primero Gina se apena. Luego mira por segunda ocasión al joven, con detenimiento. Se quita el impermeable sin dejar de verlo... Ismael se entiesa. Luego se bebe la copa de coñac de un sorbo y se acerca a ella.

Bailan: despacio, tiernamente, y también torpemente: Ismael no sabe bailar el bolero.

GINA:

No sabes llevar.

ISMAEL:

Llévame tú.

Siguen bailando. Hay en sus cuerpos una paulatina relajación, confianza.

6. En la oscuridad entra Adrián, una rosa roja en la mano. Se acerca. Permanece mirando a la pareja que baila.

Quando por fin Giná lo ve, sigue bailando.

ADRIAN:

Déjanos solos, Isaac.

Ismael busca la mirada de Gina. Gina se aparta.

ADRIAN:

Déjanos, Isaac.

Ismael va hacia la puerta principal, mientras Adrián se acerca a Gina. "Desdichadamente" acaba.

Adrián reúne su cuerpo con el de Gina mientras inicia otro bolero, "Una y otra vez." Gina primero no reacciona a la cercanía de Adrián; por fin lo abraza. Bailan. Ismael, que espiaba, se va sin hacer ruido.

Adrián y Gina bailan maravillosamente bien. De pronto incluso parecen bailarines de "music hall". Bailando se van encaminando al dormitorio. Pero en el umbral, Adrián aprieta su cuerpo contra el de Gina, le alza ambos brazos, se baja la cremallera del pantalón, alza una pierna de Gina, quiere penetrarla. Aún con música de bolero empieza un forcejeo furioso entre la pareja.

Gina se zafa, corre a la grabadora, de una palada la apaga.

Larga pausa.

ADRIAN:

Está bien. ¿Qué quieres? ¿Qué es exactamente lo que quieres?

GINA:

Quiero... Quiero... dormir... cada noche contigo. Quiero despertar contigo, cada mañana. Quiero desayunar contigo. Quiero que vengas a comer diario aquí. Quiero irme de vacaciones contigo. Quiero una casa en el campo. Quiero que hables con mi hijo de larga distancia, que hablen de cosas de hombres, que yo te lleve un té mientras hablas con mi hijo, seriamente. Quiero que acabes con Marta, digo: formalmente; que firmes ya un acta de divorcio. Quiero un collar de oro con mi nombre. Quiero disciplinarme por fin, para ir a correr cada mañana. Quiero dejar de fumar. Quiero que vengas conmigo a Ciudad Juárez para elegir el terreno para la maquiladora. Quiero otra casa junto al mar. Y quiero... Quiero despertar contigo. Abrir los ojos cada mañana y verte. Quiero verte y cerrar los ojos y dormirme en paz. Y quiero que en veinte años... me abracés... y me digas: la vida es buena.

ADRIAN:

Y querías un hijo mío.

GINA:

Fíjate.

ADRIAN:

Está bien.

GINA:

Y quiero que no se me olvide todo lo que yo quiero por estar pendiente de lo que tú o Julián o Andrea o todos los otros quieren.

ADRIAN:

Está bien. Ya no tomes la pastilla.

GINA:

¿Qué?

ADRIAN:

Si quieres tener un hijo mío.

GINA:

Pues sí, qué fácil, hacerme un hijo. Pero como lo demás que te pido no lo quieres/

ADRIAN:

Dije: está bien. Está bien. Está bien. Está bien.

Adrián se aproxima.

ADRIAN:

Quiero... una vida contigo. Eso es cierto. La vida contigo es buena.

Adrián la besa despacio. Se acarician.

ADRIAN:

Va a ser un niño de ojos grandes y despabilados.

OSCURO LENTO mientras siguen las caricias...

III

I. El departamento. Tarde. Durante la escena, de manera apenas perceptible, va enrojeciéndose la luz.

Gina abre la puerta. Es Adrián, el hombre recargado contra el quicio, un cigarro entre los labios. Está por decir algo, pero en cambio tose.

GINA:

¿Estás resfriado?

ADRIAN:

Un poco.

GINA:

Entonces no fumes. ¿Desde hace cuánto fumas?

ADRIAN:

Dos semanas. *(Busca donde tirar el cigarro.)*

GINA:

Entiéralo.

ADRIAN:

¿Qué?

GINA:

Que lo metas en la tierra de la maceta.

Gina le quita de los labios el cigarro y va a enterrarlo en la maceta del pasillo exterior al departamento. Adrián empieza a quitarse la gabardina.

GINA:

No, espérate. No te la quites.

ADRIAN:

¿De plano?

GINA:

De plano. Vamos a tomar un café fuera.

Adrián lo piensa. Camina hacia el sofá. Se sienta.

ADRIAN:

Hace tres meses que no te llamo. *(Pausa larga.)* Es mucho tiempo. Pero también, a ver si puedes comprenderme, también es muy poco tiempo. Yo sé que tu vida está hecha sin mí, que así necesítarme, no me necesitas. Ni yo a ti. Lo nuestro sucede aparte de todo lo demás. Es un regalo, un don que nos ha dado la vida. Lo nuestro sucede un poco afuera del mundo. Un centímetro, un minuto, afuera del mundo, afuera del tiempo. Así que tres meses es mucho. Y es nada. Porque ayer, ayer salí apenas por esa puerta. Ayer salí apenas de tu cuerpo.

Gina sigue de pie.

ADRIAN:

Tuve trabajo: la universidad, dos o tres editoriales peliagudas en el periódico, revisé el manuscrito del libro, lo entregué a la editorial.

Adrián espera alguna reacción de Gina. En vano.

ADRIAN:

El libro de Villa, lo entregué a la editorial.

Ninguna reacción de Gina.

ADRIAN:

Y salí a Juchitán, para reportear el fraude electoral y... En fin.

GINA:

Tres meses. Doce semanas. Ciento veinte días. Olvídate de los días. ciento veinte noches.

ADRIAN:

Con esta luz rojiza del atardecer... ahí, reclinada contra ese muro; te ves como una sacerdotisa...

Gina, con brusquedad, se mueve de la pared, va al sofá.

ADRIAN:

Griega.

GINA:

Hace tres meses llamaste y dijiste que estabas en camino. El día siguiente a cuando decidimos tantas cosas. Dijiste que te urgía hablar conmigo, cómo dijiste?, seriamente. No: definitivamente, esa palabra usaste. Estuve esperándote toda la tarde. Mentira: estuve esperándote hasta la madrugada.

ADRIAN:

Lo que pasó es... No me lo vas a creer.

GINA:

Seguro.

ADRIAN:

Algo increíble. Venía en el Periférico hacia aquí. ¿Sabes dónde las vías del tren corren casi paralelas al Periférico? Bueno, había mucho tráfico, íbamos a vuelta de rueda, defensa contra defensa, y yo

con esa tremenda erección que me ocurre... esa tremenda erección que me ocurre cuando vengo a verte. Entonces me volví a ver hacia las vías. Había un campesino, con sombrero de paja, caminando al lado de las vías. Y... el tren... llegó el tren rapidísimo, y vi cómo la cabeza del campesino saltó por el aire; fue en un instante: la cabeza saltó y luego, mientras pasaban los vagones ya no podía ver al campesino. Me aferré al volante como si hubiera visto al Diablo en persona. Cuando terminó de pasar el tren... el campesino no estaba. Se me olvidó todo, a dónde iba, pensé que había alucinado aquello. Traté de salirme del Periférico, llegar a las vías, ver si estaba la cabeza, el cadáver. Nunca llegué. Me perdí en las calles de la colonia Bondonjito.

Pausa.

ADRIAN:

Así fue.

GINA:

¿Y los siguientes ciento diecinueve días?

ADRIAN:

Pues... Te juro que no sé. Tomé como una señal de mal agüero lo del Periférico. Me asustó. Tú sabes que soy supersticioso.

GINA:

Primera noticia.

ADRIAN:

Pues resulta que sí, últimamente. Me puse a trabajar como loco los siguientes días, semanas... No sé, la sensación era de que me iba a morir. Tenía esa certeza extraña: que me iba a morir... Y antes quería acabar el libro. Y lo acabé y lo llevé a la editorial.

Adrián espera una reacción de Gina. En vano.

ADRIAN:

Pero, francamente, no sé, no sé qué pasó ahí. Ahora que tú me pudiste haber llamado por teléfono.

GINA:

Nuestro pacto...

ADRIAN:

Pudiste haber roto el pacto.

GINA:

Lo rompí una vez y me arrepiento.

Adrián camina hacia una esquina. Ahí toma ánimo para seguirse explicando.

ADRIAN:

Es bien curioso: cuando te pienso, pienso en tus manos, en tu boca, tus pechos, tus piernas: en alguna parte de ti. No es hasta que te veo de nuevo que todo se reúne en una persona específica, que respira y piensa y está viva... Eso me da pavor, saber que aparte de mí, existes.

Gina se suelta a llorar, pero por pudor escapa al dormitorio.

GINA:

(Mientras se aleja.) No me sigas.

ADRIAN:

¿Vas a preparar el té? No, no creo.

Adrián se sienta en el sofá, entonces algo le incomoda del asiento. Busca debajo del asiento: encuentra un cubo y un corazón de madera.

ADRIAN:

Qué infantilismo, puta madre.

Guarda de prisa el cubo y el corazón bajo el asiento cuando siente a Gina volver, y finge calma.

GINA:

Adrián, mira...

ADRIAN:

Lo de nuestro hijo.

GINA:

No. Era una locura.

ADRIAN:

Para nada, ¿por qué? Hablé con Marta, mi esposa.

GINA:

Sé como se llama.

ADRIAN:

Dijo que ella no tenía problema. Dijo que podíamos tener un hijo.

GINA:

(Atonada.) Ella... no tenía problema... con un hijo que yo voy a tener. Me imagino que no. No sabía que eras tan íntimo con Marta, digo: todavía.

ADRIAN:

Somos amigos. Nada más. Te cuento que le conté para que sepas que mis intenciones eran serias. Son serias. Al menos en lo del hijo. El resto, eso es lo que quería discutir, platicar contigo. Punto por punto. La casa en el campo está muy bien, pero/

GINA:

Adrián, déjame hablar.

ADRIAN:

Sientate.

GINA:

No quiero.

ADRIAN:

Está bien, quédate de pie, estás en tu casa.

GINA:

Adrián, ya no... Ya no. Ya no vengas, no quiero que siquiera... me llames por teléfono.

ADRIAN:

¿Es decir que... ya no?

GINA:

Ya-no. Ya-no.

ADRIAN:

(En la histeria.) Mira qué bueno, ya no. Está bien: ya no. Perfecto, ya no. Mucho gusto en haberte conocido. Ya no, ya no. ¡Vámonos!

Adrián, entusiasta porque "Ya no", abre la puerta para irse. Allí lo espera don Pancho Villa.

VILLA:

Despacito, compañerito Pineda. Con calma. Con ternura. ¿Pa' que las quiere si no es para la ternura?

ADRIAN:

(Regresando hasta Gina.) Siento haber desaparecido tres meses, pero... Todo se puede arreglar.

GINA:

No.

ADRIAN:

Todo.

GINA:

¡No!

VILLA:

Aunque no parezca está cediendo. No más toque las cuerdas más poquito a poco y de pronto canta...

Adrián ensaya tocarla. Ella se aparta cinco metros.

ADRIAN:

Carajo contigo: siempre me has dicho a todo sí y sí; y de pronto hoy es no y no y no. No puedo estar en tu casa. No quieres tener un hijo mío. Ni siquiera puedo piropearle. Tocarte. Déjame pasar, chingados.

GINA:

Adrián... Estoy enamorada.

Larga pausa.

VILLA:

¡Grata...

Villa se vuelve. Trae una puñalada en la espalda.

ADRIAN:

General.

VILLA:

No es nada, pinche cuchillito, orita me lo saco. *(Empieza a intentar zafarse el puñal.)*

ADRIAN:

Perdón, creo que te oí mal. ¿Estás qué?

GINA:

Enamorada.

ADRIAN:

Por favor, a tu edad ese lenguaje. Enamorada. Podrías explayarte.

GINA:

No. Es muy simple: estoy enamorada.

ADRIAN:

Define el término enamorada, por favor. Defínelo funcionalmente.

GINA:

Es muy simple.

ADRIAN:

Pero claro que no. Existe una bibliografía inmensa sobre ese estado de ilusión. Desde Platón hasta Freud y los postfreudianos, pasando por Kierkegaard y Marcuse. Enamorada. Tal vez es inquietada sexualmente. *(Villa logra sacarse el puñal: Adrián continúa, más seguro de sí mismo.)* Tal vez con cierta curiosidad sexual hacia alguien. Enamorada: esas son chingaderas, Gina. Estoy esperando una definición funcional del término.

GINA:

...

ADRIAN:

¿De quién?

GINA:

...

VILLA:

A ver si dan la cara, hijos de su madre.

ADRIAN:

Leí pendiente del arete, no sé para qué pregunto. El chamaco este tuberculoso y medio maricón. ¿Ezc quiet!

GINA:

Ismael.

Un estampido. Villa salta y se vuelve. Tiene un balazo en la parte posterior del antebrazo.

VILLA:

Chinga'o. Y yo aquí sólo con mi alma...

Mientras Villa se quita el pañucate del cuello para vendarse el antebrazo, siempre mirando con paranoia el derredor.

ADRIAN:

Está bien, vamos a analizar con la cabeza fría el asunto, ¿te parece? Me ausento tres meses y me suples con un muchachito de la edad de tu hijo.

GINA:

Mayor.

ADRIAN:

Un año mayor. Lo vas a mantener tú.

GINA:

No. ¿Por qué?

Villa empieza a cargar su pistola.

ADRIAN:

El va a pagar la universidad de tu hijo.

GINA:

Cada quien se ocupa de sus gastos. Además te sorprenderías de saber cuánto gana. Más que tú.

ADRIAN:

Ah sí, su patrón le paga bien. Quiero decir: su patrona.

GINA:

Esto no es un problema económico.

ADRIAN:

¿Le vas a subir el salario? ¿O lo vas a hacer socio de una vez?

GINA:

Cada quien se ocupará de sus gastos, ¿no oíste?

ADRIAN:

Claro, no es que se vayan a casar.

GINA:

(*Sonriente.*)...

VILLA:

Necesito agua, tantita agua. (*Yendo a la cocina.*) Usted sígale dando, mi capitán.

ADRIAN:

Bueno, y ¿qué tiene que ver eso con lo nuestro? Te vuelvo a repetir: lo nuestro es bello porque está fuera de la corriente de la vida. De la vida o de la muerte. Lo nuestro ocurre aparte. Es tú y yo. Tú y yo. A mí él me tiene sin cuidado. Te digo: si lo amas a él, yo... lo acepto.

Villa, al volver de la cocina, recibe otro balazo.

VILLA:

¡Ta cabrón, cabrones. Ora es desde nuestras mismas juerzas que disparan.

ADRIAN:

No le puedo exigir nada, general. Es una mujer pensante. Se gana sola la vida. ¿Con qué la obligó?

VILLA:

¿Cómo que con qué? (*Se toca entre las ingles...*) Con el sentimiento.

ADRIAN:

Pues eso trato, pero...

VILLA:

Porque compartir la vieja, ni madres. Ni la yegua ni el jusil.

ADRIAN:

Por eso perdió el poder, general, por la terquedad de no saber negociar.

VILLA:

Al contrario, amiguito. Con estos perjumados no se negocia, se exige, se dispara. Porque en cuanto abre uno la puerta luego se quieren seguir hasta el fondo.

GINA:

Mejor te lo digo de una vez.

VILLA:

Alíí va.

ADRIAN:

¿Qué más?

VILLA:

No la deje hablar, chinga'o: Péguete, bésela, interrúmpala, dígale: ay desgraciada, qué chula te ves cuando te enojas.

ADRIAN:

Ay desgraciada, qué chula te/

GINA:

Vamos a vivir juntos.

Villa recibe otro balazo.

ADRIAN:

(*Los ojos muy abiertos.*) A vivir juntos. . . ¿Aquí?

GINA:

Sí.

ADRIAN:

Este. . . Está bien. Está bien, conseguimos/

VILLA:

¿Está bien? (*Zarandeándolo.*) ¿Está bien, mariquita? Ahí nos vemos. . . (*Se encamina hacia la puerta muy despacio, trabajosamente, y es que le duelen los balazos.*)

GINA:

¿Decías. . .?

ADRIAN:

(*La atención dividida entre Gina y Villa que se va.*) Que conseguimos otro lugar para nuestros encuentros. Yo no soy celoso. Otro balazo a Villa.

VILLA:

Aj.

GINA:

(*Enfáticamente.*) No.

Otro balazo.

ADRIAN:

¿Por qué no? Te la estoy poniendo fácil.

GINA:

¡Porque estoy enamorada hasta las pestañas!

Otro balazo.

Villa queda tirado en el piso.

Pausa.

Villa se pone en pie dificultosamente, lleno de agujeros.

ADRIAN:

¿Está ahí?

GINA:

¿Quién?

ADRIAN:

En el dormitorio, oyendo todo.

GINA:

¿Quién?

VILLA:

Ya sal chamuco, ya sé que estás ahí.

GINA:

No hay nadie.

Villa entra al dormitorio. Adrián se mueve también hacia el dormitorio, pero Gina se le interpone. Adrián la aparta, entra. Villa saca a rastras a Ismael, lo patea sin misericordia. Por fin abre la puerta principal y lo lanza fuera. Adrián vuelve a la sala.

GINA:

No hay nadie, cómo se te ocurre.

VILLA:

Listo.

ADRIAN:

Gracias.

Adrián se pasea por la sala arreglando, reacomodando lo que se desarregló durante su tremenda discusión con Gina.

GINA:

(Abriendo la puerta principal.) Adrián... ¿Viniste en coche?

ADRIAN:

Está estacionado exactamente enfrente del edificio, ya me voy. Siéntate. Siéntate, te juro: ya casi me voy. Solo quiero mirarte, unos momentos. Tres momentos, los últimos, si quieres.

Gina cierra la puerta. Descansa la espalda contra la puerta.

Adrián se sienta en el sofá.

Villa se aproxima a Gina.

Largo silencio.

ADRIAN:

Sólo quiero mirarte...

Las cortinas, enrojecidas por la luz del crepúsculo, se mueven con un airecito terdo.

ADRIAN:

Mirarte.

Pausa larga en que solamente se oye la densa respiración, la amenazante respiración de Villa.

GINA:

(Asustándose poco a poco.) No hagas eso.

ADRIAN:

¿No hago qué?

VILLA:

Sólo estoy viéndote.

ADRIAN:

Te juro que no pasa nada.

VILLA:

Nada más estoy viendo cómo la luz va cambiándote la cara. Siempre has sido la misma mujer. Por más que te cambie por otra, siempre has sido la misma, una sola mujer...

ADRIAN:

¿Sabes?: en esta luz crepuscular te ves... especialmente...

VILLA:

Verde.

ADRIAN:

Bella. Como una estatua...

VILLA:

De cobre oxidado.

ADRIAN:

Bella y...

VILLA:

Verde.

ADRIAN:

Y tan...

VILLA:

Una mujer más y ya, compañerito. Usted se va y ella se queda parada junto a esa puerta toda la vida, como una estatua; escúche me bien: parada ahí, junto a esa puerta, como la misma estatua de la espera; ella se queda encerrada en su pequeño mundito y usted, pues usted encontrará otros brazos hospitalarios, siempre hay. Unos brazos más jóvenes. Más tiernos. Unos ojos más inocentes.

ADRIAN:

Gina... eres mi último amor...

VILLA:

Qué va. Estamos heridos pero no dijuntos.

ADRIAN:

Nunca volveré a entregarme así.

VILLA:

Ya acabe esto de una buena vez y me lleva al médico.

GINA:

Tal vez, si yo hubiera expresado mis deseos... Si no te hubiera dicho sí a todo, como dijiste antes... Si te hubiera pedido lo que necesitaba, poco a poco, y no de golpe en una sola noche... y te hubiera dado la oportunidad de decir poco a poco sí o no... Però... te tenía miedo.

ADRIAN:

¿Miedo? ¿A mí?

GINA:

Le he tenido miedo a cada uno de los hombres a quienes amé. A mi padre, a mi hermano. A Julián. A ti.

ADRIAN:

Pero ¿por qué?

Gina lo piensa arduamente.

GINA:

Porque, no sé... Porque son más grandotes que yo.

ADRIAN:

Ay Gina, Gina, Gina.

GINA:

Ahora por fin tengo confianza en un hombre, pero por desgracia no eres tú.

VILLA:

Qué agonía más lenta, hijos de su madre...

GINA:

No Adrián: no llores Adrián.

Otro balazo sobre Villa.

VILLA:

(Agónico.) Qué ignominia.

ADRIAN:

Estas lágrimas son de rabia. *(Respira con dificultad.)* A mí no me puedes hacer esto. *(Está sofocándose.)* A mí no.

GINA:

Ahora sí por favor Adrián, ya vete.

ADRIAN:

No puedes. No puedes. Te juro que no puedes.

VILLA:

Así compañerito, así.

ADRIAN:

Y no puedes porque/

VILLA:

Ya mátela, compañerito. A luego echamos discurso.

ADRIAN:

Yo no soy ese chamaco que...

VILLA:

De una vez.

Villa toma la cachá de su pistola. Adrián mete la mano en la bolsa de su impermeable.

Adrián desembolsa, como un revólver, su libro. Villa desenfundá y dispara: no hay balas.

GINA:

¿Qué es esto? ¿El libro de Villa?

ADRIAN:

...

GINA:

No me dijiste que ya salió. Dijiste que lo entregaste a la editorial pero no que ya estaba impreso.

Villa se desploma en una silla. Adrián le da el libro a Gina.

GINA:

Lo voy a leer con mucho cuidado.

ADRIAN:

(Ahogándose de rencor.) Conoces el material.

GINA:

No importa. Lo voy a leer con detenimiento. Qué bien, ¿eh? *Villa en la portada, a caballo. (Villa, curioso, se acerca a verse en la portada.)* En la contraportada tú, al escritorio. Te ves muy interesante. Y muy guapo. La tipografía es perfecta. *Currier* de once puntos. Muy legible.

ADRIAN:

Currier súper.

Adrián se aparta. Se pasea, mirando las cortinas entrojecidas.

GINA:

Me alegro por ti, Adrián.

VILLA:

(En secreto a Adrián.) Ya chingamos.

ADRIAN:

(Plañidero.) Te lo dediqué.

GINA:

(Muy sorprendida.) ¿El libro? ¿En serio?

VILLA:

No sea joto, cabrón.

GINA:

Nunca me imaginé...

ADRIAN:

No, ¿verdad? Aquel día que no llegué, venía a proponerte matrimonio. Tampoco eso te lo imaginaste, ¿no?

GINA:

Pero Adrián...

ADRIAN:

¿Qué?

GINA:

Es que estás todavía casado, Adrián.

VILLA:

(Desenfundando.) ¿Y...?

ADRIAN:

Eso también lo pensaba arreglar. La verdad es ésta: nunca me tuviste fe.

GINA:

Pues... no, supongo que no, que nunca te tuve fe. Te digo: nunca me imaginé que me dedicaras tu libro y ahora... no sé... qué pensar, o hacer... No creí que yo para ti fuera así de... importante...

Gina, conmovida, se sienta junto a Adrián. Adrián pasa su brazo sobre los hombros de ella. Villa queda entre ambos, gozando el reencuentro de los amantes.

Gina busca las primeras páginas del libro. Lee. Sacude la cabeza.

GINA:

Ah, a mano. ¡Me lo dedicaste a mano! "A una querida amiga, apasionada como yo de Pancho Villa".

VILLA:

No, está cabrón, güero.

GINA:

No Adrián, ahora sí te voy a pedir que te largues.

VILLA:

Mátela, no tiene remedio.

ADRIAN:

Es tan irresponsable, dejarse arrastrar así por el instinto. Lo nuestro era una hermosa relación de lascivia, pero tenías que dejarte

arrastrar por ese instinto de las hembras de hacer nido. Tenías que convertir nuestra pasión en un asunto de baños compartidos y biberones y recibos de tintorería. Tenías que atraparme aquí en tu casa, tenías que comportarte como "toda una mujer".

GINA:

Por eso: ya vete, Adrián.

VILLA:

Por eso, ya mátele, con sus propias manos.

ADRIAN:

Está bien, voy a divorciarme, de todos modos era sólo un trámite que no hacía por desidia/

GINA:

No quiero.

ADRIAN:

Aquel día venía a proponerte/

GINA:

Adrián por favor, ya vete.

VILLA:

Adrián, por favor: ya mátele. . .

Adrián observa el lugar con extrañeza. Se aparta de Gina y Villa, se pusea nerviosamente, ensimismado.

GINA:

Adrián.

VILLA:

Adrián.

Pausa.

GINA:

Adrián. ¿Qué esperas, Adrián?

VILLA:

¿Qué esperas, Adrián?

Pausa.

GINA:

¿Podrías ya irte? ¿Adrián?

VILLA:

¿Podrías ya torcerle el cogote, Adrián?

Adrián corre hacia el ventanal y salta.

Larga pausa.

Gina corre al ventanal, lo cierra, se vuelve, boquiabierta.

GINA:

Pero si siempre he vivido en planta baja.

Villa se desploma, muerto por fin, de vergüenza.

OSCURO LENTO

IV

I. Noche. Las luces eléctricas del departamento van subiendo. Tocan a la puerta. Andrea sale del dormitorio, cruza la estancia mientras se da "un pericazo" de coca. Abre.

Es Adrián, el hombro contra el quicio. Trae un sombrero de fieltro viejo, abollado, un suéter sin camisa abajo, una barba de tres días.

ANDREA:

La miras. . . fijamente. Respirando fuerte. La besas. Ella dice: espérate, siéntate, te sirvo un té.

ADRIAN:

Te lo conté todo, Andrea. Andrea, ¿verdad?

ANDREA:

Andrea Elías, Adrián. ¿Por qué no? Es mi mejor amiga.

ADRIAN:

Está en casa.

ANDREA:

No.

ADRIAN:

No ha vuelto desde que hablé contigo por teléfono.

ANDREA:

Ponte cómodo. (*Va a la cocina.*)

Adrián obedece, extrañado del tono de autoridad de Andrea. Cuelga en el perchero el impermeable.

ADRIAN:

¿A qué horas vuelve? (*Va hacia el ventanal, se asoma, pero retrocede instintivamente lleno de vértigo. Vérligo del recuerdo de su suicidio fallido.*) Planta baja. (*Furioso.*) ¿A qué horas vuelve?

Andrea regresa con una charola en la que se encuentra el servicio de té. Lo deja en la mesita baja y se arrodilla para servirlo.

ADRIAN:

¿A qué horas/

ANDREA:

No está en la ciudad. Me pidió que si la llamabas no te dijera en dónde está.

ADRIAN:

¿Por qué?

ANDREA:

Porque hace un mes, a las dos de la mañana, cuando no te quiso abrir la puerta de la entrada al edificio, la rompiste a patadas.

ADRIAN:

Tú preparas muy rápido el té.

ANDREA:

Puse a hervir el agua cuando avisaste que venías.

ADRIAN:

Estaba ebrio. Y estaba desesperado. Y tenía que hablar con ella. Con alguien como ella: alguien comprensivo.

ANDREA:

¿Dos de azúcar?

ADRIAN:

Alguien que ve el vaso medio lleno y no medio vacío. Es que estuve esa tarde en el entierro de Villa.

ANDREA:

¿Dos de azúcar?

ADRIAN:

Quiero decir: el aniversario del entierro de... El aniversario de la muerte de Villa, en el cementerio. (*Andrea está sirviendo cinco cucharadas de azúcar en el té de Adrián.*...) Se me destrozó el corazón, y necesitaba ver a Gina. ¿Es té de tila?

ANDREA:

No. De lirio. Es té de lirio, Adrián. ¿Está sabroso?

ADRIAN:

(*Oliéndolo.*) No. No tomo té.

ANDREA:

¿Y a poco había gente, en el panteón?

ADRIAN:

Mucha. Como setecientos, entre hijos y nietos de Villa. Era como para llorar. Vinieron de todo el país y ahí estaban: morenos y con esos ojos del Centauro: azul turquesa, nítidos, como dos gotas de cielo. De cielo puro. Habían algunas viudas también, ya muy ancianas. Y estaban quietos, los hijos, los nietos, las mujeres de Villa, mirando la tumba. Gente humilde. Analfabetas muchos. En huarches la mitad y los otros con zapatos viejos. Como para llorar, en serio. ¿De qué sirvió la Revolución, la lucha del general Villa, si sus nietos están igual de chingados que él de escuincle? A otros les hizo justicia la Revolución, a los que no estaban junto a esa tumba: a los burgueses. Los perjumados. Los leídos. Los itenciadados. La punta de sinvergüenzas.

ANDREA:

Pues es que tuvo demasiados hijos, ¿no te parece? Sembró niños como si fueran quelites.

ADRIAN:

No sabes lo que dices. Todos sus nietos adoran su memoria. Es lo único valioso para ellos: la memoria del Centauro.

ANDREA:

Eso es lo que digo: que lo único que les dejó fue eso: su memoria. Ni educación, ni oficios. Sólo su sombra inalcanzable.

ADRIAN:

Habló la oligarquía ilustrada.

ANDREA:

Y entonces te embriagaste.

ADRIAN:

Me rompieron el corazón los hijos de Villa y sí, me fui a beber a La Guadalupeana, de Coyoacán, y no bebí mucho, pero como nunca bebo, me embriagué, y luego necesitaba verla, a Gina, hablar con ella.

ANDREA:

De Villa.

ADRIAN:

De Villa. ¿Sabes que esa tumba está vacía?

ANDREA:

La de Villa.

ADRIAN:

Es que algunos dicen. . . que en realidad. . .

ANDREA:

¿En realidad. . . ?

ADRIAN:

Villa se salió solito de la tumba.

ANDREA:

Como Cristo.

ADRIAN:

Ey, como Cristo resucitó y salió de la tierra, cargando con todo y lápida.

ANDREA:

Como el Pipila.

ADRIAN:

Ey. Y que anda vivo. San Pancho Villa. Cabalgando por ahí. Y bueno, por ahí anda, ¿no?, cabalgando en nuestra imaginación, al menos. En nuestros ánimos de redención. No sé porque te cuento esto. Digo: no te conozco.

ANDREA:

No te preocupes, me gusta oírte. Tu labia es hipnótica. También me gustó tu novela de Villa.

ADRIAN:

Ah.

ANDREA:

La compré en Vip's. Y la leí en Vip's. Es chiquita.

ADRIAN:

(Molesto.) ¿A qué horas dijiste que vuelve?

ANDREA:

Se fue de la ciudad. Se fue del país.

ADRIAN:

No es cierto.

ANDREA:

Me vendió el departamento con todo incluido. Todo.

Adrián se pasea nerviosamente. Se detiene frente a un cuadro que antes no estaba. El retrato al óleo del presidente Plutarco Elías Calles, la banda tricolor cruzada al pecho.

ANDREA:

Mi abuelito Plutarco. Un perjumado.

ADRIAN:

Ya. ¿A dónde está?

ANDREA:

Me pidió que no te dijera.

ADRIAN:

¿Con el pendejito ese?

ANDREA:

Con Ismael, sí.

ADRIAN:

¿En dónde?

ANDREA:

No puedo decirte.

ADRIAN:

En Ciudad Juárez, viendó lo de la maquiladora.

ANDREA:

...

ADRIAN:

Pues voy a ir a Ciudad Juárez y voy a peinarla.

ANDREA:

De hecho no está en Juárez. La maquiladora se está montando, pero Gina decidió retirarse medio año de los negocios y está... lejos.

ADRIAN:

¿En dónde?

ANDREA:

Ay, no puedo decirte lo.

ADRIAN:

¿Por qué?

ANDREA:

Te dije: porque rompiste a patadas la puerta del edificio.

ADRIAN:

¿Y qué? Era mi derecho, tratar de recuperarla. Andrea: he cambiado. No sé que te habrá contado ella de mí pero he cambiado. La necesito.

ANDREA:

Okey.

ADRIAN:

Por fin, humildemente, sin ningún pudor, reconozco que la necesito. La necesito.

ANDREA:

Okey.

ADRIAN:

No digas okey, eso no es español. Tienes que ayudarme, Andrea. Estoy desolado. Desinadrado. Desvalído. Más calvo.

ANDREA:

Ah, no erás así de calvo.

ADRIAN:

Para nada. Hace dos meses no tenía estas entradas.

ANDREA:

Qué terrible.

ADRIAN:

Me duelen las encías. Me sangran. Fui a ver al dentista y me dijo: Lo suyo es mental. La necesita mi cuerpo. Mi alma. Esta melancolía, este anhelo por un fantasma, me está desgraciando el cerebro. El otro día pensé seriamente en inscribirme en la Meditación Transcendental. Hacerme místico, a mi edad, con mi pasado de materialista dialéctico.

ANDREA:

¿Y te inscribiste?

ADRIAN:

No. No me pareció la pinta del Gurú. Demasiado sonriente, si sabes lo que quiero decir.

ANDREA:

No.

ADRIAN:

Quiero decir, viniendo de India, un país que se muere de hambre, y él sonriendo... Sonriendo ¿de qué? ¿De que India no tiene leche pero sí una bomba atómica? Es decir: me ponen un video del gurú sonriendo compulsivamente durante cuarenta y cinco minutos y lo que hice fue romperle la madre al instructor.

ANDREA:

Golpeaste al instructor de meditación...

ADRIAN:

Se me zafó el golpe. No importa. El hecho es que...

ANDREA:

A ti no te importa, pero al instructor...

ADRIAN:

(*Alzando la voz, para callarla.*) El hecho es que... Es que... Siempre cargué el mundo en los hombros, ahora cargo mi destino personal, y es un peso más grave, porque a su peso específico hay que agregarle el de saber que no tiene la menor importancia. No me entiendes.

ANDREA:

Perfectamente.

ADRIAN:

Qué va.

ANDREA:

Dices que estás agobiado por la mediocridad de tu vida.

Adrián camina, molesto por la interpretación de Andrea.

ADRIAN:

No exactamente. (*Va a sentarse al lado de Andrea.*) Andrea, seamos sensatos.

ANDREA:

Okey.

ADRIAN:

Tú sabes que no le puede resultar con ese muchachito.

ANDREA:

Mira Adrián, no digo para nada que Ismael sea mejor que tú. Según lo que sé de ambos, no lo es en varios sentidos. Tú eres más maduro, al menos físicamente; más leído, aunque quién sabe para qué sirve eso; eres mejor amante, como amante estás mejor equipado... dicen... no te hagas... En fin: rompes mejor las puertas a patadas, te tiras mejor por los balcones. Pero...

ADRIAN:

¿Pero...?

ANDREA:

Ese muchachito es capaz de tenerle devoción. Verdadera devoción, ¿entiendes?

ADRIAN:

Ese muchachito es homosexual, Andrea. Yo los huelo. En serio. Los homosexuales que no saben que son homosexuales tienen ese olor peculiar: a manzana.

ANDREA:

Es cierto: a manzana.

ADRIAN:

¿Verdad que sí?

ANDREA:

Pero todos los jóvenes vírgenes huelen a manzana, Adrián.

ADRIAN:

Yo lo único que sé es que quiero despertar por las mañanas con ella. Desayunar con ella. Mirarle sus pinches ojeras... Andrea, escúchame: ella también me necesita. Necesita a un hombre maduro, inteligente, conceptuoso, que la haga crecer, ¿o no? Díselo. Por favor.

ANDREA:

(*Luego de tomarle las manos, íntima, cariñosa.*) No, no Adrián. Y te voy a rogar que ya no seas tan típico, por favor. Lo que sucede es que no soportas haber perdido, eso es todo. Perder ahuita.

ADRIAN:

Perder ahuita. Ahuita. ¿Ahuita de beber?

ANDREA:

Ahuita: entristece. Del verbo ahuitar. Yo ahuito, tu ahuitas, vosotros ahuitáis. Perder es malo para la salud. Pero hay cierta dignidad que emerge siempre en la derrota. Cierta nobleza que nos sale. Cuando perdemos o nos enfermamos, eso que nos hace sobrevivir, ese impulso, esa voluntad cósmica que nos hace sobrevivir a pesar de todo, se nos revela. Y como se te reveló a ti, fuiste a inscribirte en la Meditación Transcendental, ¿no es cierto? Pero no te convenció el ambiente.

ADRIAN:

Es que el Gurú este traía collares y el pelo hasta aquí (*los hombros*) y una rosa en la mano. Una rosa, puta madre, en la mano.

ANDREA:

No, no, lo que necesitas es dejar de preocuparte por tu destino y ocuparte de él.

ADRIAN:

Dejar de preocuparme y ocuparme de... ¿Cómo?

ANDREA:

(*Acariciándole una mejilla.*) Rompiendo con el pasado. Entregáldote a lo que llega. Mirando lo presente. Lo pasado, pasado, Adrián. Tienes que mirar lo que está frente a ti. O sea: enfrente. De plano: enfrente.

Se miran largamente. . . Andrea le toca los hombros.

ADRIAN:

Están tensos.

ANDREA:

Como de piedra.

Anárea le masajea los hombros. El suspira.

ADRIAN:

Yo...

ANDREA:

Shh...

Andrea lo sigue masajeando.

ANDREA:

¿Mejor?

ADRIAN:

Mejor.

ANDREA:

Bien. Párate. Los brazos: suelta los brazos.

Ambos se paran.

Andrea lo tiene tomado de ambas manos. Sacude sus brazos.

ANDREA:

Flojo, flojo. Abrazame.

Adrián duda.

ADRIAN:

Es que no te conozco.

ANDREA:

Te voy a tronar la espina dorsal. Abrazame.

Adrián la abraza. Ella lo trueno tres veces.

ANDREA:

Siéntate. En el sofá. Las manos.

Se sientan. Ella le masajea las manos. El grita de dolor.

ANDREA:

Sopla, sopla, sopla. Son puntos de tensión, relájate.

ADRIAN:

De veras no sé qué hacer conmigo mismo. Lo de Gina, haber terminado lo de Villa también. Me quedé sin proyecto de vida... No hay héroes vivos alrededor nuestro; la revelación está muerta: la de 1910, la asesinó precisamente tu abuelito (*Grita de dolor por un punto de tensión que Andrea le toca...*).

ANDREA:

Sopla, sopla, sopla.

ADRIAN:

Y la revolución de mi generación, ni siquiera la hicimos... Así que sí, "me agobia la mediocridad". Me agobia voltear y ver la punta de sinvergüenzas que detentan el poder en nuestra época. Puta madre, no sé de dónde saqué que el mundo podía ser justo, y no el compendio de pequñeces e indecencias que me dedico a delatar en el periódico desde hace quince, veinte años. Estoy exhausto, Gina.

ANDREA:

Andrea.

ADRIAN:

Andrea.

ANDREA:

(Sacudiendo las manos porque el masaje ha terminado.) Estabas cargado, papacito.

Pausa.

ADRIAN:

¿Sabes algo? En serio te pareces al general Plutarco Elías Calles.

ANDREA:

¿Por qué no? Soy su nieta.

ADRIAN:

Pero en esta luz, más. Se te forman sombras curiosas. *(Tocándole el rostro con el dedo índice.)* Alrededor de los ojos, por ejemplo, de manera que los ojos se te ven más negros. Como si de valeriana. Chiquitos y de valeriana negra, casi azul: como los de él. Y en el labio superior, es decir: arriba del labio superior, tienes otra sombra, y parecería que llevas, como el general, un bigotito.

ANDREA:

¿En serio?

ADRIAN:

Un bigotito.

El le marca con el índice el lugar del bigotito... Ella, enternecida lo besa en el cuello.

ANDREA:

Oye Adrián... ya en serio. ¿Por qué no escribes sobre don Plutarco?

ADRIAN:

¿Sobre tu abuelo?

ANDREA:

(Besándole el cuello entre frases.) Tengo su archivo personal, ahí en mi cuarto. Como soy la menor de sus nietos, y lo conocí poco, me tocó en herencia.

ADRIAN:

Con algunas propiedades además, supongo.

ANDREA:

Por supuesto, por supuesto. *(Apartándose.)* ¿Qué pasa?

De la cocina ha entrado Doña Micaela.

DOÑA MICAELA:

Ya acabé, señora.

ANDREA:

Ay doña Mica, le pago el martes, ¿sí?, no tengo cambio.

DOÑA MICAELA:

Sí. Compermiso. *(Va a la puerta principal...)*

ADRIAN:

Propio.

DOÑA MICAELA:

Gracias. *(Sale.)*

ANDREA:

Volviendo a lo del archivo. *(Abraza a Adrián.)* Hay papeles inéditos, bastante sorprendentes. Hay documentos que en su época fueron secretos. Sería un libro revelador...

ADRIAN:

No. Haría pedazos a tu abuelo. Maldito burgués nepotista corruptor vende Patrias jijo de la chingada. Es decir: lo haría mierda.

ANDRÉ :

No creo que le importe. Ya está hecho ceniza.

Andrea va al librero y busca entre los libros. Saca el libro de Villa. Lo abre.

ANDREA:

Voy a citarte. Lo tengo marcado con un separador de plata y subrayado con plumón amarillo. *(De una patada prende la grabadora. Suena un danczón.)* "Es en Plutarco Elías Calles en quien cristaliza definitivamente la traición a la revolución popular de Zapata y Villa".

ADRIAN:

Eso dice.

ANDREA:

Échita frase.

ADRIAN:

Pues es cierto, aunque esté regularmente escrito.

ANDREA:

Pruébame lo.

ADRIAN:

¿Perdón?

ANDREA:

Que me lo pruebes. Sí, sí, estás entendiendo bien: investiga, sistematiza el material confidencial de don Plutarco, y compruébame lo, pero por escrito.

ADRIAN:

Ja. *(Se ríe quedo, mirándola. Se acerca a ella. La mira todavía.)* Ja. El bigotito . . . Ja.

Andrea lo besa en los labios, brevemente.

Adrián no reacciona, pero no se aparta.

ADRIAN:

Je.

Andrea lo vuelve a besar, largamente.

Entra la punta de un cañón. El cañón sigue entrando. Villa, pálido como un fantasma, agujerado de balazos, entra montado en un cañón. . .

ADRIAN:

Puede ser. ¿Por qué no? Puede ser.

Andrea lo besa brevemente.

De golpe Adrián se alza en pie, cargándola. La lleva al dormitorio, mientras Villa termina de entrar sobre el cañón.

2. Villa mueve la manivela para desplegar el cañón telescópico, Es inmenso, impresionante, cruza la escena entera.

Villa prende la mecha del cañón. . . Dispara.

Pero la punta del cañón cae al suelo.

Entra a la sala, desde el dormitorio, Andrea, en la bata japonesa de Gina. Viene molesta, irritada. La irrita todavía más la pequeña bala que cae del cañón y boia en el suelo. Va al bar a servir dos copas de coñac.

3. Adrián regresa a la sala con sus zapatos y calcetines en las manos.

Pausa.

ADRIAN:

No . . . puede, y creo que . . . creo que, por un rato . . . no voy a poder. . .

Se encamina a la puerta.

ADRIAN:

. . . no voy a poder. . . olvidarla.

Sale.

Andrea se queda sola, dos copas de coñac en sendas manos.

OSCURO